

LOS ANTIGUOS DIOSSES

CARLOS AGUIRRE

Los Antiguos Dioses

© Carlos Aguirre

Diseño gráfico del autor

Asesor: Lucas Aguirre

Queda hecho el depósito
que marca la ley 11723.

Derechos reservados.

1

Cosmogonía

El Absoluto

La idea del Absoluto es un concepto propio de la filosofía de oriente que habla sobre una fuente primigenia del universo, muy diferente al Dios personalizado de las religiones Judeo-cristiana-islámicas.

Ya estaba claramente planteado en China, varios siglos antes de Cristo, en la disciplina o filosofía llamada taoísmo. Vale la pena tratar de dar una idea sobre el tema.

El Tao

Hay un personaje mítico de China llamado Lao Tse que vivió unos quinientos años antes de Cristo. Algunos lo consideran uno de los inmortales chinos, y otros un sabio o un monje.

Un día llegó a un fuerte que custodiaba la frontera de China, yendo en dirección al Tíbet. Allí le pidieron que antes de cruzar la frontera pusiera por escrito sus conocimientos.

El monje accedió y su trabajo fue el famoso Tao-te-king, o sea el libro del Tao. Luego cruzó la frontera hacia el oeste, hacia el Tíbet, desapareciendo para siempre.

—¿Y qué es el Tao? —pregunta un amigo poco dado a la filosofía.

Yo sabía que la respuesta del libro sería un cuento chino para él, por lo tanto, le hablé de algo que aparentemente no tenía nada que ver con el tema. Le hablé sobre un hotel de hielo.

En un centro turístico de Suecia se construye todos los años un hotel hecho enteramente de hielo que obtienen del río Torne, un río congelado

casi todo el año que se derrite al llegar el corto verano. También el hotel de hielo se convierte en agua que retorna al río.

Son de hielo no solo las habitaciones sino también las mesas, sillas, camas, platos y copas, la ornamentación y hasta algunas esculturas hechas por los propios turistas. Pero reaparece el sol sobre el horizonte sueco, y el hotel de hielo comienza a derretirse.

Hay un video donde un arquitecto camina entre los restos del hielo y reflexiona: los muebles eran el río; las copas, las camas y las paredes siempre fueron el río. Eso es lo fascinante, dice, porque todo era el río Torne y todo vuelve a él.

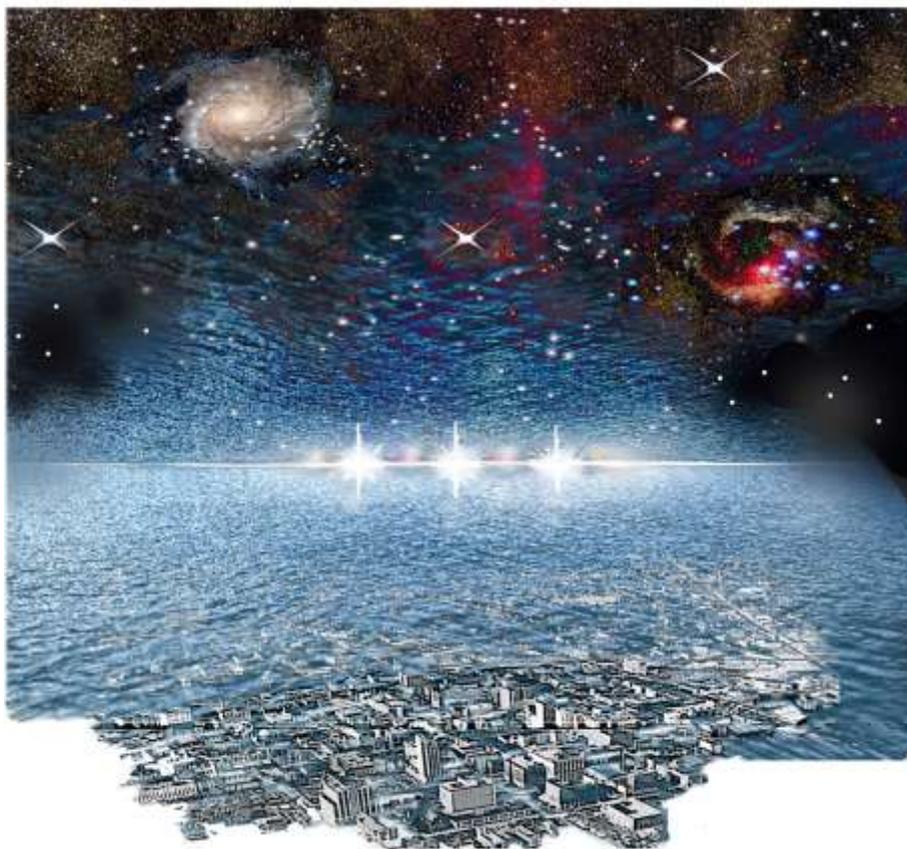
Entonces retomando el tema, resulta que algo parecido a esto escribió Lao Tse, antes de su viaje definitivo.

Decía que llegará un momento en que todos los seres y las cosas volverán a la fuente que está detrás de toda existencia, retornando a un origen primordial.

Algo así como un gran río que el viejo monje llamaba el Tao.



Así es la idea del Absoluto: algo tan vasto e impersonal como el mar.
Un océano de conciencia que *crystaliza* en mundos de toda clase.
En mundos que algún día retornarán al mar.



Presentación

Una mujer europea, a principios del siglo veinte, logró penetrar en el terreno vedado del Tíbet milenario. Tuvo instructores que podrían llamarse entrenadores, porque imponían prácticas en condiciones muy exigentes, y a veces peligrosas.

Aprendió técnicas de respiración para sobrevivir en el frío extremo y dormía en una pequeña habitación con la mitad del techo descubierto, sin mantas, con su túnica de practicante.

Me sentí muy orgullosa, decía, porque nunca me resfrié.

Pero a cuatro mil metros al pie del Himalaya, podría haber muerto de una pulmonía, fácilmente. Se llamaba Alexandra David-Neel, y mostró a occidente el esoterismo del Tíbet, India y China.

Quizás el máximo exponente del esoterismo profundo fue George Ivanovich Gurdjieff, también al inicio del siglo veinte.

Entrenado en monasterios del Asia central, fue instructor de técnicas muy duras aplicadas al desarrollo interno y también el portador de una enseñanza desconocida en occidente.

Los testimonios de estos practicantes verdaderos son como un río subterráneo que fluye desde hace milenios, dicen ellos, guardados en lo que llaman cadenas de conocimiento.



Son ideas que están detrás de las creencias, los mitos y las religiones.
Y el propósito de este trabajo es tratar de resumir algunas.

Algo más sobre Gurdjieff

Este trabajo se apoya principalmente en su enseñanza, y hay un par de razones para hacerlo. Una es que logró una relación directa con las cadenas de conocimiento.

Decir “cadenas de conocimiento” es una generalización, un modo de referirse a enseñanzas en ciertos sitios especializados de instrucción y entrenamiento, cuya ubicación no es conocida públicamente.

Gurdjieff relataba en su libro “Encuentros con hombres notables” las dificultades que debieron sortear tanto él como sus compañeros para ubicar estos centros, en una búsqueda que les llevó años. Por supuesto, se cuidó de evitar cualquier dato sobre su ubicación verdadera.

De todos modos, ubicarlos sería inútil. Se los podría comparar con centros de entrenamiento para atletas olímpicos, cuyos entrenadores aceptarían solamente a quienes tuvieran aptitudes especiales.

Pero aquí voy al punto principal. Uno de sus discípulos más importantes, Ouspensky, le preguntaba si existían en el oriente algunas “escuelas” de conocimiento que dieran una preparación integral, porque su enseñanza tenía toda la apariencia de ser algo muy completo, un conjunto de conocimientos muy estructurado.

Y Gurdjieff respondió lo siguiente:

“Actualmente sólo hay escuelas especiales; no hay escuelas generales. Cada maestro, o gurú, es un especialista en algún tema. Uno es astrónomo, otro escultor, un tercero es músico. Y todos los alumnos de cada instructor deben estudiar los temas de su especialidad.

Luego, más adelante, pueden seguir con otra disciplina. Tomaría mil años estudiar todo”.

“Pero, ¿cómo estudió usted?”

“Yo no estaba solo. Entre nosotros había toda clase de especialistas. Cada uno estudiaba los temas de su disciplina. Luego, al reunirnos, compartíamos todo lo que habíamos obtenido” -(Ouspensky,2001, p. 15)

Como pueden ver, no se trata de Gurdjieff solamente sino del conjunto de especialistas que pagaron un alto precio por sus conocimientos, asumiendo la tarea de unirlos en un esquema integral, un paradigma dotado de una estructura consistente.

Gurdjieff trajo el legado de un conocimiento milenario proveniente de las cadenas de conocimiento, *que fue asimilado y compilado por un conjunto de practicantes verdaderos, compañeros de Gurdjieff.*

La teoría era llamada *la enseñanza*, y las prácticas eran *el trabajo*.

La otra razón es que enseñó en occidente, en el siglo veinte.

No es muy sorprendente, dirían algunos, porque fue el siglo de la *new age* que provocó el surgimiento de toda clase de gurús, orientalistas y charlatanes varios. Incluso los Beatles tenían su propio gurú privado.

Es cierto, pero hay una pequeña diferencia. Permitan que relate una anécdota del propio Ouspensky que está en su libro “*En búsqueda de lo milagroso - Fragmentos de una enseñanza desconocida*”. Fue en 1916, antes de la *new age*.

Cuando decidió trabajar con Gurdjieff, le pidió que le mostrara “hechos”. Había estado en la India y otros sitios de oriente y no le convencían los discursos místicos. Quería pruebas de otras capacidades, una muestra de poder personal más allá de las palabras.

—*Habrá hechos, —respondió Gurdjieff— se lo prometo.*

Pero hay varias cosas que son necesarias primero. —(p. 23)

Y cumplió su promesa un año después, en una reunión con Ouspensky y otros dos practicantes. Sucedió durante una pausa, en un momento de silencio en la reunión. Así lo relata Ouspensky:

Hubo una larga pausa y G. permanecía en silencio. Luego de un rato escuché una voz dentro de mí, como si estuviera en mi pecho, cerca del corazón. Me estaba planteando una pregunta precisa.

Lo miré: permanecía sentado y sonreía. Su pregunta me había provocado una emoción intensa, pero le contesté con una afirmación.

—¿Por qué él dijo eso? —preguntó G., mirando alternativamente a Z. y al doctor S. — ¿Yo le he preguntado algo?

Y en seguida planteó otra pregunta más apremiante aún, en la misma forma que antes. Y otra vez respondí en voz alta. Z y S estaban visiblemente asombrados con lo que sucedía, especialmente Z.

Esta conversación, si se la puede llamar conversación, continuó de este modo por lo menos durante media hora. —G. me hacía preguntas sin palabras y yo contestaba hablando normalmente.

Estaba muy agitado por lo que me decía, por las preguntas que hacía y que no puedo transmitir aquí. Planteaba ciertas condiciones que yo debería aceptar o abandonar el trabajo. — (p. 262)

Por supuesto, Ouspensky aceptó las condiciones. Esto es solo un ejemplo, ya que hubo muchos testigos de diferentes “hechos” inusuales entre sus discípulos, que no trascendieron públicamente.

Gurdjieff fue un instructor exigente y a veces rudo. No aceptaba ideas místicas ni los hechos inusuales que él mismo era capaz de ejecutar. Negaba tener esas capacidades ante la opinión pública.

En reunión con nuevos discípulos, una mujer mayor contó que una vez había salido fuera de su cuerpo, flotando sobre la calle. Gurdjieff la reprendió: —*Mujer loca, usted pronto [estará] con camisa de fuerza.*

Tenía posturas drásticas sobre el misticismo. Estaba en contra de una creencia común del oriente sobre el renacimiento o reencarnación, negando toda posibilidad de existencia después de la muerte.

Sin embargo, una joven discípula contó, cuando Gurdjieff ya había muerto, que varias veces se propuso abandonar el trabajo, pero nunca pudo hacerlo. Incluso le reprochó esta situación al propio Gurdjieff, quien respondió que era la influencia de su padre. Que él comprendía la importancia de permanecer en el trabajo.

—*Señor Gurdjieff, mi padre ha muerto hace años.*

—*Lo sé. Pero él no quiere que usted abandone el trabajo.*

—*¿Usted dice que es mi padre? ¿Dónde está?*

—*A su alrededor.*

Afirmaba que la evolución individual beneficiaba también a los ancestros: padres, abuelos, etc. Obviamente hablaba de los muertos, pero solamente en privado, en forma personal y confidencial.

Gurdjieff siempre evitaba hablar sobre reencarnación o recurrencia, considerándolo un tema teórico que no ayudaba al trabajo concreto.

Solamente Ouspensky logró, en privado y por única vez, que hablara sobre la recurrencia o la posible realidad de la “repetición”.

—*La idea de la repetición —dijo G.— no es la verdad total y absoluta, sino la aproximación más cercana a la verdad. En este caso la verdad no se puede expresar en palabras. Y si comprende por qué no hablo sobre eso, estará más cerca todavía.*

¿De qué le sirve a un hombre saber sobre la recurrencia si no es consciente de ella, y si él mismo no cambia? Hasta podría decirse que, si un hombre no cambia, la repetición no existe para él.

Si usted le habla de la repetición, solo aumentará su sueño.

¿Por qué hacer algún esfuerzo hoy cuando hay tanto tiempo y tantas posibilidades por delante: toda una eternidad?

¿Por qué debería molestarse hoy? Esta es exactamente la razón de que la enseñanza no hable nada sobre la repetición y solo tome en cuenta la vida que conocemos. — (p. 250)

Por eso la estrategia empleada por Gurdjieff era negar que hubiera otras oportunidades. Había una sola vida para lograr los objetivos y si uno fracasaba entonces moriría en vano. Una alternativa de hierro.

Pero estaba dirigida solamente a los practicantes, a sus discípulos. Creo que esto no es bien comprendido por quienes estudian o intentan comprender la enseñanza. Piensan que estas posturas drásticas están dirigidas a cualquiera, al público en general. No es así.

La intención de su entrenamiento era obtener resultados a toda costa. No parecía un maestro bondadoso y espiritual, sino que era tan riguroso como un instructor de tropas de élite, como un boina verde.

Percibía otros aspectos de la realidad que, si nosotros fuéramos capaces de verlos, cambiarían nuestra idea del mundo definitivamente.

Sin embargo, no quiso difundirlos sin reservas. Tuvo sus razones, no lo pongo en duda, pero es una lástima. Habrían sido notables.

En 1916 desarrolló ante Ouspensky y algunos otros, un completo panorama de la cosmogonía y psicología del esoterismo profundo.

Nunca expuso de nuevo esas ideas tan extensa y detalladamente. No lo hizo ni siquiera en sus propios escritos.

Y resumir algunas de esas ideas es la intención de este trabajo.



La escala del cosmos

La palabra *cosmos*, en la enseñanza, no significaba el universo completo sino cada peldaño de una escalera viviente de siete peldaños, que desciende desde el Absoluto hasta el microcosmos.

Se apoyaba en un concepto básico: cada peldaño forma parte del Absoluto. No habría un creador por un lado y una creación por el otro.

En palabras de Gurdjieff, el universo existe *dentro* del Absoluto.

Y aquí está la escala de los siete “cosmos”. —(Ouspensky, 2001, p. 205)

El Absoluto

|

Todos los mundos

|

Todos los soles

|

El sol, el sistema solar

|

La tierra, los planetas

|

El ser humano

|

El microcosmos

Esto representa un esquema de la creación como un árbol invertido donde las raíces, que están arriba, son el Absoluto inmanifestado.

El tronco principal es “todos los mundos”, o sea todas las galaxias, el universo o el cosmos en el sentido actual.

La rama “todos los soles” es nuestra galaxia, la vía láctea.

Y una de las innumerables ramas de la galaxia es el sol, que tiene sub-ramas en cada planeta, etc. Es una línea que va desde las raíces de un enorme árbol hasta nuestro mundo.

Ouspensky explica largamente esta escala en *Fragmentos...* (p.205). Por lo tanto, no tiene mucho sentido repetir su explicación aquí.

Aunque cabe preguntar: ¿para qué se presenta la escala, entonces? Pues, para destacar un tema que ni siquiera Gurdjieff conocía.

Esta escala formó parte de esa exposición que realizó durante varios meses, en 1916. No tenía nada en especial que la destacara del conjunto, salvo por un detalle. *En esa época, nadie sabía que existían las galaxias, ni siquiera Einstein.*

Einstein presenta la física relativista completa en 1915. Para él, lo mismo que para Newton siglos atrás, las estrellas de nuestra galaxia eran el universo y eso era todo lo que existía: eran el Cosmos.

Recién en 1926, con el primer telescopio de gran tamaño en monte Wilson, se confirma que una “nebulosa” en la constelación de Andrómeda era en realidad una enorme aglomeración de estrellas.

Es la gran galaxia de Andrómeda, nuestra vecina más cercana, a una distancia de dos millones y medio de años luz.

Cabe destacar que los astrónomos de esa época no aceptaron fácilmente las novedades. La existencia de otras galaxias es una idea enorme, que extiende el significado del cosmos a otra escala.

Pero los cosmos de Gurdjieff provenían de fuentes antiguas donde el término *galaxia* aún no existía. En ese tiempo eran *otros mundos*.

Transcribo parte de la explicación de Gurdjieff sobre esos mundos:

[...] “Para el sol, a su vez, el «mundo» es nuestro mundo de las estrellas, o la Vía Láctea, la acumulación de un enorme número de sistemas solares.

Por otra parte, desde un punto de vista astronómico, es totalmente posible presumir la existencia de una multitud de mundos a distancias enormes unos de otros, en el espacio de «todos los mundos». Estos mundos, tomados en conjunto, serán el «mundo» para la Vía Láctea” —(p. 76).

Gurdjieff asumía la existencia de una multitud de mundos similares a la Vía Láctea, cuando el consenso era que solo existían las estrellas. Era el principio del siglo veinte y para los científicos de esa época no había ninguna otra clase de mundos allá afuera.

Años después, al confirmarse la existencia de las galaxias, algunos astrónomos las llamaban “universos islas”; un concepto parecido a los “mundos” de otros tiempos.





La escala de tiempo

Estaba en un bar con mi padre, una madrugada, esperando que llegara más gente a una reunión.

—¿Leíste la noticia? Dice que ayer explotó una estrella —comentaba mi padre, intentando conversar con alguien malhumorado por madrugar, y sabiendo que me interesaban esos temas.

—Sí, la leí, pero la explosión no fue ayer sino hace mucho tiempo.

—No. Explotó ayer, así dice la noticia.

—La vieron ayer, pero en realidad estalló hace quince mil años. *

Recuerdo que me miró sorprendido. Era un abogado y político completamente ubicado en la vida diaria, pero sabía que esos temas eran mi preferencia, y no ponía en duda que yo hablaba en serio.

—Era una estrella que estalló antes de Cristo, antes de las pirámides. El foganazo de la explosión viajó en el espacio profundo durante milenios y esa luz llegó aquí, a la tierra, ayer a la madrugada.

Me miró fijamente un instante y luego dijo con un tono de verdadero asombro: —¡Pero la gente no sabe nada de esas cosas!

* La estrella que explotó fue la supernova 1987A en la Gran Nube de Magallanes, pero desde una distancia superior a 150.000 años luz, no a 15.000. —Esa cifra (en años) me pareció enorme y poco creíble. Entonces hice una pequeña rebaja.

Tenía mucha razón. La vida cotidiana encandila, arrastra como un tsunami, sin dar oportunidad para comprender cuál es nuestro verdadero tamaño, nuestra escala en ese infinito de allá afuera.

Aunque, en realidad, lo más difícil de comprender no es el tamaño, sino la escala de tiempo.

Una de las creencias más arraigadas, considerada como evidente e indiscutible, está en la percepción del instante: lo que sucede *ahora*, en este preciso momento. La idea que tenemos cuando decimos *ya*.

Se da por sentado que todos los seres vivientes lo perciben como nosotros. Sea humano, hormiga o elefante, un segundo significa lo mismo para cualquiera.

Pero desde el lejano pasado, las cadenas de conocimiento dicen lo contrario. Afirman que cada nivel de ser tiene su propia percepción del tiempo: una duración relativa para cada tramo de esa escala antigua.

Actualmente la ciencia está comprobando, mediante experimentos, que los animales pequeños tienen una velocidad de percepción más veloz que la nuestra. En un segundo ven más detalles.

Para ellos, todo sucede más lentamente.

Algo similar a ver sucesos en cámara lenta, como la filmación de un proyectil en movimiento retardado para mostrar el impacto con muchos detalles normalmente invisibles.

Poseen un metabolismo acelerado, tanto ellos como sus predadores. Necesitan mucha velocidad de reacción para sobrevivir o conseguir alimento. Para esos seres, su tiempo es lo normal y el nuestro sería como vivir en cámara lenta.

Al filmar hormigas con lentes de aproximación, las vemos moverse como en las viejas películas de Chaplin: con deslazamientos repentinos, apresurados, poco naturales.

Si se pudiera retardar la proyección hasta que las veamos moverse tan naturalmente como lo hace un perro, por ejemplo, tendríamos una idea de la diferencia de tiempo entre una persona y una hormiga.

Algo similar sucede con el enjambre de pequeños insectos que vemos revolotear una tarde de verano entre los árboles, como puntos brillantes danzando al trasluz de los rayos del sol. Para nosotros solo bailotean, pero realizan un cortejo de apareamiento veloz y complejo que no alcanzamos a percibir.

Esos diminutos seres viven algunos días.

En ese lapso crecen, se aparean, envejecen y mueren.

Es obvio que no pueden vivenciar el tiempo como nosotros.

No pueden advertir nuestra presencia porque nos movemos tan lento como el sol en el cielo. No perciben que somos seres vivientes.



Para esas criaturas efímeras, somos simplemente parte del paisaje.

Pequeñeces

Hay otra escala de tiempo mucho más breve, una escala de milésimas o millonésimas de segundo. Un lapso “común y corriente” para las partículas como el electrón, en el reino de la física cuántica.

Veamos la *magia* que es trabajar en tiempos tan reducidos.

En los primeros televisores con pantalla de tubo al vacío, las imágenes realmente no existían. Había un *único punto de luz* barriendo toda la pantalla a gran velocidad, varias veces por segundo.

Nuestros ojos podían mantener la visión de todo el barrido, componiendo una imagen completa, pero de realidad virtual.

No era una imagen como una fotografía en papel o los fotogramas en celuloide del viejo cine.

Podíamos “verlas” por la persistencia de las imágenes en la retina. El cerebro se encargaba de procesar esos millones de destellos sucesivos. Nunca hubo una imagen real en la pantalla, sino en nuestra mente.

No puede ser igual en seres pequeños con tiempos más reducidos.

Creando un ejemplo mental, podríamos imaginar un pueblo de gente tan diminuta que únicamente pueden ver un solo destello a la vez.

El pueblo pequeño

Para el pueblo pequeño, la pantalla del televisor era tan grande como el cielo. Allí aparecían destellos luminosos con muchos colores como fuegos artificiales, estallando solamente uno por vez.

Todos se reunían para verlos y apostar cómo serían los siguientes

Recordaban algunos muy vistosos, tales como Fuego44Lento o el AzulQueBaila696, para competir con los nuevos diseños del momento.

Pero entre ellos había un conocido vidente diciendo cosas bastante exóticas sobre esas luces fugaces que surcaban el cielo.

Afirmaba que los destellos provenían de dioses enormes, más grandes incluso que el cielo. Dioses casi inmortales que vivían durante miles y miles de generaciones del pueblo pequeño.

Y algo más extraño aún: que esos dioses podían ver todos los destellos juntos. Que veían los que ya pasaron y los que vendrán, todos reunidos al mismo tiempo.

—¡Qué tontería! —comenta alguno— ¿De qué serviría esa mezcla de pasados y futuros?



Una cuestión de escala

Hace varios años leí el libro *Cosmos* de Carl Sagan. Su habilidad para divulgar me asombró con temas de biología, por ejemplo, que nunca me interesaron salvo para conseguir aprobar el aburrido curso de biología en el colegio.

Sagan, en cambio, supo transmitirle un sentido de maravilla.

¿Saben que un virus es una programación? En *Cosmos* (Sagan, 2004, p.272), aparece como un tubo hecho con varios segmentos donde el primero sería la cabeza y el último la cola. En la cabeza tiene algo para penetrar en el recinto amurallado de una célula. Es una enzima que puede desenscriptar el código de entrada, llamada transcriptasa inversa.

El virus es un hacker, pero a diferencia de los hackers humanos no busca las claves de cuentas bancarias, sino que busca apoderarse de los recursos de una célula para hacer copias de sí mismo. Es una maquinaria biológica replicante.

Craquea la información genética de la célula para fabricar más virus que son clones de sí mismo. El virus no es un bicho, es genoma con una envoltura proteínica. —Dicho más sencillo: es un trozo de ADN envuelto en un estuche blando.

No tiene metabolismo propio ni es autosuficiente. Los biólogos no lo consideran un ser viviente.

En cambio, una célula tiene metabolismo propio, pero es mucho más grande, centenares o miles de veces más grande que un virus. Parece una ciudadela con muralla externa y un núcleo cerrado, similar al templo prohibido de los emperadores chinos, que gobierna toda la célula.

Fuera del núcleo habitan orgánulos muy pequeños como las mitocondrias y los ribosomas, que son súbditos obreros muy especializados en tareas específicas y bastante complicadas.

Una célula es un ser viviente por derecho propio, un organismo de alta complejidad.

Nuestro cuerpo es como un enorme edificio cuyos ladrillos son esos diminutos seres. Y cabe preguntarse si una sola célula podría darse cuenta del tamaño de ese conjunto.

Difícil, aunque sea una neurona cerebral. Somos parecidos a una galaxia con miles de millones de células, no de estrellas. Nuestro cuerpo está fuera de escala para ese pequeño ser.

Pero es muy probable que perciba y se comunique con otras células de su entorno. Ese entorno sería entonces su propio mundo, el lugar donde transcurre su existencia.

Si pudiera percibir el inmenso tamaño del cuerpo —muy dudoso— lo vería como algo congelado, inmóvil, tal como vemos las estrellas en la noche. El tiempo para una célula es muy veloz y nosotros, en comparación, nos movemos tan lento como la luna cruzando el cielo.

Aun suponiendo que una célula pueda percibir todo nuestro cuerpo, no tendría chance de percibir que esa inmensidad se mueve en un súper espacio que resulta inconcebible para ella. Una dimensión inexistente que para nosotros es el espacio normal donde vivimos y correteamos.

Ese espacio puede ser nuestra casa, la ciudad, todo el planeta para los viajeros, e incluso el espacio exterior para algunos viajeros selectos, como los tripulantes de la estación espacial.

La célula vive en su mundo y nosotros en el nuestro.

Es una cuestión de escala.

Quizás haya seres vivientes más grandes que nosotros, ¿quién sabe?

Dicen que uno de esos seres enormes, según lo que afirman las antiguas cadenas de conocimiento, sería el Sol.

Aunque es una idea que suena a tontería: esa bola ardiente no puede estar viva de ningún modo. Los humanos podemos creer en un dios, en varios dioses o ángeles, pero eso es una cuestión de fe.

En cambio, el sol es algo concreto y si estuviera vivo, entonces nos daríamos cuenta. Esto es obvio y razonable: una conclusión evidente.

Parece que no hay mucho más que decir sobre el tema.

Solo puedo añadir que me llamó la atención un viejo proverbio:

"El hombre ve en el sol lo que el sol tiene de humano".

Una frase enigmática que sugiere cosas del sol que no percibimos.

Sabemos que obtiene su energía convirtiendo hidrógeno en helio, como lo haría un reactor de fusión. ¿Pero se descubrió algo que parezca inusitado o invisible en el sol?

Bueno, en realidad sí.

Se descubrió el tamaño de su campo magnético —que forma parte del sol— yendo mucho más allá de la órbita de Plutón. Se extiende a más del triple de la distancia a Plutón.

Es una burbuja invisible de tamaño colosal. Y según los científicos, es el tamaño verdadero del sol.

Si fuera un ser viviente, como dicen, entonces es realmente grande.

Ahora bien, en modo hipotético como en un juego mental, aceptemos por un momento que el sol es una entidad viviente con un gran nivel de consciencia, como afirmaban los videntes de las antiguas cadenas de conocimiento.

¿Que se podría deducir considerando semejante hipótesis?

Por empezar, su tamaño estaría absolutamente fuera de escala con cualquier cosa en nuestro mundo, incluso con nuestro propio planeta. Todo el grupo de planetas dentro de esa gigantesca burbuja, está tan cerca del centro luminoso como las semillas en una manzana.

Su existencia, extendida por miles de millones de años, es un período totalmente ajeno al de cualquier ser viviente conocido. No hay ninguno que se acerque ni remotamente.

Nos coloca en una posición similar a la de una célula frente a todo el cuerpo, como mínimo.

Es decir, no solo sería inabarcable su verdadero tamaño, sino que, dada su escala de tiempo, para nosotros estaría completamente inerte, congelado, sin movimiento, porque un segundo en la escala de tiempo del Sol puede significar meses en la escala humana de tiempo.

Por supuesto que sabemos que el sol rota, se traslada alrededor de la galaxia y muchos otros detalles técnicos. Pero estamos hablando de lo que haría esa hipotética entidad como ser viviente.

Podría estar actuando en alguna clase de espacio indetectable. Algo inexistente para nosotros, pero habitual en su propia escala. *Como el mundo de un ser humano frente al mundo de una célula.*

Creer que el sol solo se mueve en la galaxia puede estar equivocado. Recuerden que la célula tendría poco éxito tratando de imaginar el movimiento de nuestro cuerpo en su propio espacio, no en el de la célula.

Comparen los grados de libertad que tenemos, yendo y viniendo en el planeta e incluso fuera de él, con una célula confinada al cuerpo.

En la jerga de las cadenas de conocimiento, estamos sometidos a menos “leyes” que una célula. —El Sol, dicen, está regido por muchas menos leyes que un ser humano: sus grados de libertad serían inimaginables para nosotros, igual que nuestra libertad de movimiento en el planeta resulta inimaginable y totalmente invisible para una célula.

Se trata de una entidad colosal que se mueve en su propio “mundo”, en su propio espacio. Sin embargo, para los seres humanos, *ese espacio simplemente no existe*.

El Sol se mueve en su mundo y nosotros en el nuestro

Y, para rematar, lo inalcanzable está en su escala de tiempo. En una existencia de miles de millones de años, unos momentos de su propio tiempo abarcarían toda nuestra vida. El presente para ese ser, el ahora, el momento actual, se extendería por generaciones nuestras.

No hay modo de imaginar la realidad que percibiría semejante bestia.

Pero esto es solo un ejercicio teórico. Pueden quedarse tranquilos porque si fuera algo real, entonces tendríamos que asimilar el hecho de que estamos viviendo dentro de la bestia.

No me miren torcido, eso dicen los científicos.

Estamos dentro del reino del Sol.



Esta fotografía fue enviada por la nave Cassini orbitando Saturno. (NASA-ESA 2004). El punto luminoso, abajo a la derecha, es la Tierra. El punto más pequeño que tiene debajo, si se alcanza a ver, es la Luna.

Lejos de las ciudades, en campo abierto, las estrellas lucen como joyas sobre terciopelo negro. Frente a esa inmensidad, puede ser más fácil darse cuenta que quizás nos parecemos al pueblo pequeño.

Para nosotros, ese cielo estrellado es simplemente parte del paisaje.

Afirma la enseñanza que hay existencias mayores que la nuestra, no solo en tamaño sino también en la escala de tiempo. Entidades a escala de planetas o soles, con vidas de miles de millones de años.

Nunca vi una idea similar en otras filosofías, mitos o religiones, tanto de la India, de China o del Tíbet; por citar las más destacadas. Ninguna planteó la existencia de seres reales en semejante escala

Si esas entidades existen, entonces nos separa una barrera de tiempo.

Los milenios que tardó la luz de esa supernova en llegar aquí, podrían significar solamente algunos minutos en esa escala de tiempo, quizás como el lapso entre un relámpago y un trueno para nosotros.



Este es el próximo tema, basado en una cosmogonía milenaria.

Una idea del mundo que viene de las viejas cadenas de conocimiento.

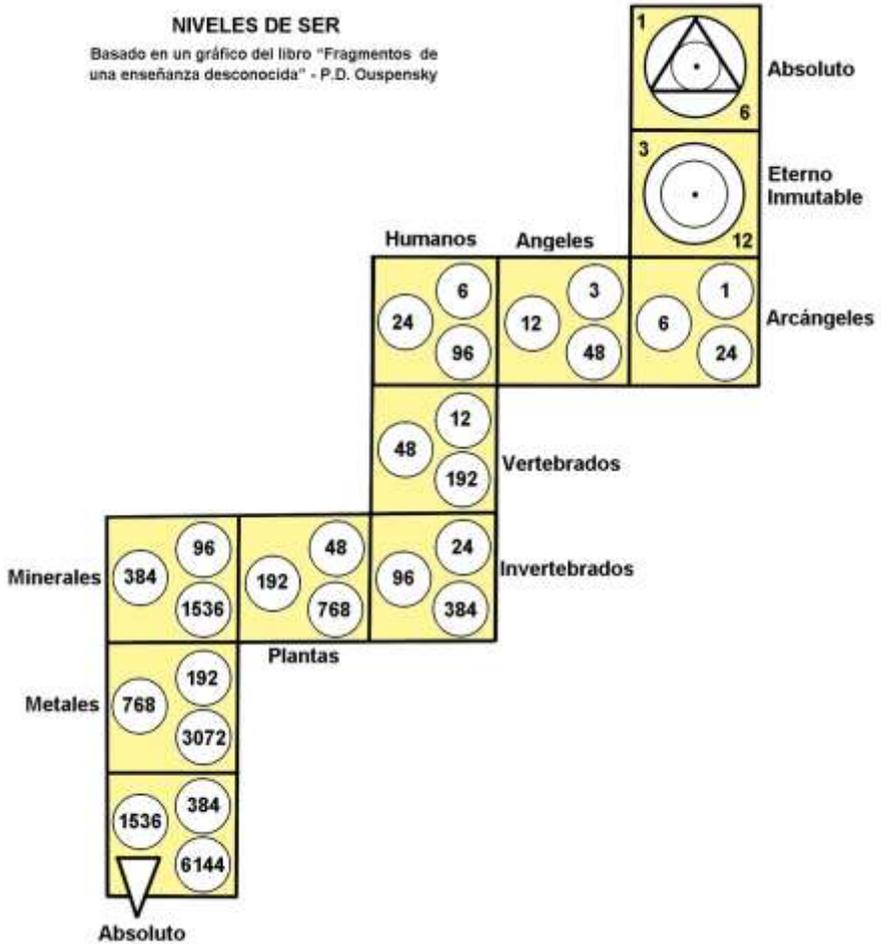
Es un paradigma de otros tiempos y el origen de los antiguos dioses.



Paradigma

El gráfico es un diagrama de niveles de seres, ordenados *por lo que comen y a quien sirven de alimento*. Una idea similar a la cadena alimentaria tradicional en la tierra, trasladada al nivel del cosmos.

(Ouspensky, 2001, p. 323)



Hay recuadros que representan a los vertebrados o las plantas como distintos niveles de seres. Pero otros recuadros, como minerales o metales, no deberían ubicarse en la categoría de seres vivientes.

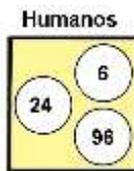
Y aquí está la verdadera diferencia con el paradigma de occidente, con nuestra ciencia tradicional, resumida en los siguientes párrafos:

El diagrama no representa seres basados en la química orgánica, sino niveles de existencia que tienen conciencia en diversos grados, aunque algunos sean muy elementales.

Porque todos provienen del mismo y único origen: El Absoluto, la fuente de conciencia inicial y final, el alfa y el omega.

Tomemos como ejemplo el recuadro de los seres humanos.

Los números provienen de una tabla muy compleja de densidad de materia para cada nivel de seres. Un número mayor significa un nivel más denso. Uno menor es un nivel más sutil, más evolucionado.



- El número 24 es la “materialidad” o densidad promedio humana.
- El 96 es lo que comen los humanos, o sea invertebrados según el diagrama. Es la densidad promedio de ese nivel de seres.
- Y el 6 es a quien alimentan los seres humanos: *a un Arcángel.*

Obviamente hay que aclarar qué significa semejante conclusión.

En el diagrama, encima del nivel humano, hay dos niveles de seres sobre los que Gurdjieff dijo: “*Se trata de clases de criaturas que no conocemos: llamémoslas ángeles y arcángeles*”. —(p. 323)

Pero no se refería a los seres sobrenaturales del ámbito religioso. Hablaba de *seres reales* a escala planetaria, a nivel estelar.

El término “ángel” se aplicaba a la Tierra, por ejemplo, considerando nuestro planeta como alguna clase de entidad viviente, una conciencia real operando en una escala de tiempo muy diferente a la de cualquier organismo, una escala de miles de millones de años.

Está en los mitos antiguos: muchos pueblos indígenas hablaban de la “madre tierra”, la “pachamama” y varios otros nombres evocando lo materno. Veían la tierra como una deidad o una entidad supra-natural.

En los años sesenta, la hipótesis Gaia planteaba una idea algo similar. La tierra como entidad viviente, llamada Gaia, se comportaría como un sistema auto-regulador. La biosfera se encargaría, por ejemplo, de la temperatura y química atmosférica en tierra y océanos, de modo similar a un sistema cibernético.

Gurdjieff usaba el término “arcángel” para referirse al Sol.

Decía que pertenece *al primer nivel de seres* en relación directa con el Absoluto. Que el máximo grado posible del desarrollo humano se relaciona con el nivel del Sol, al que considera un ser consciente de un nivel enorme, una inteligencia de otra escala.

Y que nosotros, dentro del conjunto de seres vivientes en la tierra, somos la parte que evoluciona. Por eso podemos proveer algún tipo de “substancias” que no producen los animales o plantas.

Cabe preguntarse entonces ¿cómo serían esas substancias que proveemos al *arcángel solar*?

En general, parecen estar relacionadas con todas las experiencias que vivimos en el mundo. Hay varias referencias en las órdenes esotéricas sobre técnicas para recordar el pasado.

Consideran que es una especie de deuda que tenemos con la vida que se saldrá de un modo u otro, ya que esos recuerdos también surgen espontáneamente cuando uno se está yendo de este mundo.

Sin embargo, el tema es mucho más complejo.

Se afirma que *realizamos funciones* al nivel del sistema solar.

Este es un punto central en la cosmogonía que trajo Gurdjieff.

La humanidad en conjunto, a nivel masivo, produce pensamientos, emociones y sensaciones, en cada segundo durante siglos y milenios.

Las cadenas de conocimiento consideran que ese “material” muy sutil se está emitiendo al exterior, fuera del planeta, cumpliendo algún tipo de funciones en el sistema solar, considerado como un súper-organismo que procesa esas emisiones, *en otra escala de tiempo*.

Y ese organismo, el sistema solar, está realmente *dentro* del Sol.

Aclaro que esto último no es del esoterismo sino de la astrofísica.

El reino del Sol

Fue la deidad de muchas culturas en la historia. Por ejemplo:

Sumeria, Babilonia, Egipto, India, China, Japón, Grecia, Roma.

En América los Aztecas, Incas, Lakotas, Muiscas, Pueblo, etc.

Fue Shamash, Mitra, Ra, Helios, Inti, el águila, el arcángel solar.

Y esta es la parte de astrofísica. En el nuevo milenio se descubrió algo increíblemente más grande. Por empezar, digamos que el sol tiene rotación, que da vueltas como todos los planetas de nuestro sistema.

Mientras gira, va emitiendo chorros de partículas a gran velocidad en todas direcciones. Son unas micro-partículas invisibles, con carga eléctrica, que los científicos llaman el viento solar.

Entonces, como el sol está dando vueltas, ese viento de partículas sale girando y ondulando como la falda de una bailarina.

Los científicos sabían que ese viento invisible viajaba muy lejos, pero el límite era aún desconocido. En 1977 lanzaron una sonda llamada Voyager hacia los grandes planetas y los confines del sistema solar. Registraba la presencia del viento solar en todo su recorrido.

Esa nave cruzó las órbitas de Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno, enviando fotos de todos salvo Plutón, porque no estaba en su camino. Siguió su viaje más allá de Plutón y el viento solar continuaba.

En el año 2012 llegó finalmente a la heliopausa, el límite donde el viento solar se detiene, luego de una épica travesía que duró 35 años.

Comprobó que ese viento llegaba al triple de la distancia a Plutón. Ese es el tamaño de su campo magnético: el tamaño real del Sol.

El sol es una gigantesca burbuja, con un radio que alcanza el triple de la distancia a Plutón, como mínimo. *

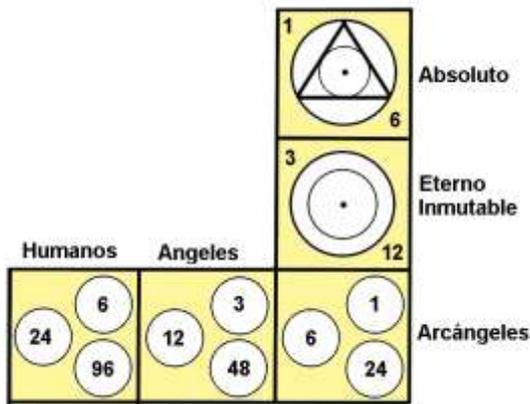


* Algunos científicos de la NASA creían que la Voyager no había salido aún de la heliopausa, sino que estaba en una zona de turbulencia, la antesala del ingreso al espacio interestelar.

Esperaban que enviara la señal de un cambio en la dirección del campo magnético. La NASA, en el año 2013, confirmó oficialmente que la sonda Voyager había cruzado la heliopausa.

La Galaxia

En el gráfico, por encima de los planetas y los soles (los que Gurdjieff sugirió llamar *ángeles* y *arcángeles*), hay dos recuadros encajando el diagrama: el “Eterno Inmutable” y el “Absoluto”.



El eterno inmutable es nuestra galaxia, la Vía Láctea, un conjunto de miles de millones de soles unidos por gravedad propia y también, según creemos actualmente, por gravitación de la materia oscura.

Quizás le dicen inmutable porque se auto-sostiene, se renueva por dentro con el material de las estrellas que ya murieron.

Ese material se aglutina nuevamente por gravedad, iniciando otras reacciones nucleares en el interior de ese agrupamiento. Allí nacen nuevas estrellas, otros soles.

Tiene solamente dos números porque no es alimento para nadie, ya que está en la cima de la escala de seres vivientes.

Según el diagrama se alimenta de los seres del nivel planetario. los que Gurdjieff denominaba ángeles. —No se sabe qué significa ese alimento.

La galaxia no alimenta ni siquiera al Absoluto, quien recibe alimento de los soles, los arcángeles. La naturaleza de ese alimento también es desconocida.

Nuestro sol pertenece a ese nivel de seres que constituyen la primera categoría en relación directa al Absoluto.

Se considera que la galaxia es alguna clase de entidad viviente, con un tamaño fuera de toda proporción con algo humano, moviéndose en escalas de tiempo que rozan la eternidad.

Es un océano de soles, de estrellas, con un diámetro tan enorme que *la luz* tarda más de cien mil años en recorrerlo.

Estamos hablando de *veinte veces la historia conocida*, viajando a una velocidad que ninguna nave puede alcanzar, ni remotamente.

Esa inmensidad tiene un giro muy lento, con un período de rotación que se estima en unos 250 millones de años, en promedio.

Para esa entidad gigantesca, una sola rotación sería algo “natural” en su escala de tiempo, otro giro más en su período de vida, cuya duración es desconocida actualmente.

Entonces desde el punto de vista de la galaxia, considerando su propia escala de tiempo, ¿cómo se vería el conjunto de la humanidad durante su majestuosa danza lenta?

¿Cómo transcurren las generaciones en medio de ese giro de cientos de millones de años?

Comparemos una sola rotación de la galaxia con la edad de nuestra especie, estimada actualmente en dos millones y medio de años.

Es un lapso muy breve desde el punto de vista de la galaxia. Apenas llega al uno por ciento de lo que tarda en realizar un único giro.

Supongamos que puede percibirnos, que puede notar a los diminutos seres que habitan un planeta rocoso, pequeño en comparación a los gigantes gaseosos, mientras va girando alrededor de una estrella.

Una estrella más entre los millones que pueblan la Vía Láctea.

Es muy dudoso que logre percibirnos, pero supongamos que puede.

¿Qué vería sobre nosotros en ese tramo de dos millones de años, durante su inmensa danza de cientos de millones?

Vería que las generaciones transcurren como las centésimas de segundo en el reloj.

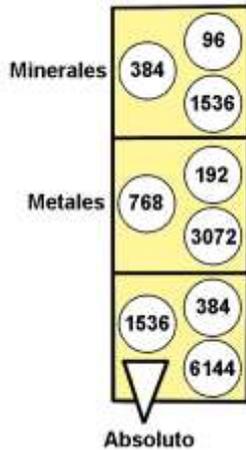


Por eso dice la enseñanza que todas las posibilidades humanas se realizan en el nivel del Sol. Carecemos de entidad frente a la galaxia.

Simplymente, está fuera de escala.

Retorno

Completamos este resumen del diagrama con los niveles inferiores.



Tres niveles cierran el diagrama: un recuadro para los minerales, otro para los metales, y un tercer recuadro que no tiene nombre.

Finalmente, debajo de todos, aparece otra vez el Absoluto.

Según Gurdjieff, el recuadro sin nombre es una materia que no existe en nuestro mundo. Utilizando otro término religioso, decía que carece del “espíritu santo” porque no tiene ninguna posibilidad de transformarse en otra cosa, de evolucionar. Es una materia extremadamente densa, inmutable, inerte.

Esta materia, decía, entra en contacto con el Absoluto.

—¿Recuerdan la plegaria *Dios santo, Dios fuerte, Dios inmortal?*

Este es el Dios fuerte. —(Ouspensky, 2001, p. 132, p. 323)

Podría referirse a las estrellas masivas que al final de sus vidas colapsan en una materia súper densa, conocidas como estrellas de neutrones. Quizás sea el derrumbe gravitatorio final: un agujero negro.

Pero cabe recordar que esto fue dicho cuando no existían ni la física relativista ni la física cuántica con el nivel de desarrollo que tienen actualmente. No tenían ningún concepto sobre estrellas de neutrones ni mucho menos sobre agujeros negros.

Gurdjieff solo presentaba las premisas de un conocimiento antiguo.

Por supuesto, sugerir que los antiguos tenían los conocimientos de la física contemporánea es una tontería naif. Si llegaron a esos conceptos, utilizaron algo muy diferente al método científico, sea lo que sea.

Esos viejos conceptos me recuerdan una característica de los agujeros negros de acuerdo a los modelos teóricos actuales. La materia que cae dentro del agujero negro deja de existir como tal. Es transformada por completo en energía que aumenta el tamaño del horizonte de sucesos.

Un agujero negro está vacío, es pura energía. Y está fuera del espacio-tiempo donde vivimos. Tiene un espacio propio cerrado en sí mismo y tiene otro tiempo. Ese tiempo propio resulta ser muy extraño.

Allí dentro, el transcurso de pocos meses puede ser equivalente al tiempo de vida del propio universo, asumiendo que arribará a un final de su existencia en algún momento.

Y hace pensar que esa escala temporal tan dilatada, casi congelada en el tiempo, podría tener relación con lo que llamamos *la eternidad*.



Con un retorno al Absoluto, que también está al final del camino.

Tríada

Para que se produzca un hecho real, concreto, físico, es necesario que haya tres fuerzas actuando. Le dicen *ley de tres* y es un concepto milenario, uno de los más antiguos en las cadenas de conocimiento.

La voluntad del Absoluto se manifiesta como tres principios o tres fuerzas. Una es activa y podría ser llamada también positiva, la otra es pasiva o negativa, y hay una tercera fuerza más difícil de definir, llamada neutra o neutralizante, un nombre que no explica mucho.

Parece que actúa como un catalizador.

Doy un ejemplo. Sabemos que el agua es H_2O , o sea el gas hidrógeno unido con el gas oxígeno. Entonces dentro de un envase de vidrio inyectamos los dos gases. ¿Vemos aparecer agua? No, no pasa nada.

Pero aplicando una chispa eléctrica, notamos que han aparecido varias gotitas de agua sobre el vidrio, en la cara interna del envase.

La chispa es un catalizador: produce o ayuda a producir algo.

Las tres fuerzas que emanan directamente del Absoluto producen lo que en la enseñanza son *todos los mundos*, el cosmos, pero no en el estado actual sino en el momento inicial, el que llamamos Big Bang.

Esa tríada inicial se ramifica luego en muchas otras, en un proceso de complejidad creciente que intentaré resumir más adelante.



Es el origen de la Trinidad católica: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

También del Trimurti hindú, que es un poco más específico al definir un principio creador que es Brahma, otro que destruye o recicla llamado Shiva, y un tercero que sostiene o controla la evolución de la creación, denominado Vishnú.

En el ejemplo del agua, la tercera fuerza representada por la chispa es de naturaleza más sutil que los gases.

Gurdjieff afirmaba que, en nuestro estado habitual de consciencia, no logramos percibir la presencia de esa tercera fuerza.

Dio un ejemplo: En el momento de la concepción de un niño hay un principio masculino y otro femenino, más un tercer principio que es un material muy sutil proveniente del sistema solar.

—*Es un color* —decía Gurdjieff.

Y otro destacado discípulo, Orage, señalaba que son sustancias que se originan en el sol y los planetas del sistema. Se depositan en el momento de la concepción y se concentran principalmente en el plexo solar. No pertenecen a la química de la tierra y en el momento de la muerte retornan a la fuente. —(Orage Essentials, p. 3)

Alexandra David-Neel afirmaba que son sentires, *energías vivientes que evolucionan* en distintos individuos y no pertenecen a una persona determinada. Algunas pueden estar en una persona actual, pero antes, cualquiera de esas chispas de energía pudo ser parte de otras personas, incluso de individuos que vivieron en el lejano pasado.

(David-Neel, 1970, pp. 42-43)

* * *

La tríada inicial son tres fuerzas o tres *leyes*, según decía Gurdjieff, que gobiernan la totalidad del cosmos, de todo el universo. Significa que todo el conjunto de galaxias está en relación directa al Absoluto.

Cada galaxia tiene una independencia relativa, está sujeta a las leyes del conjunto, pero es autónoma en su propio nivel. La Vía Láctea está bajo seis leyes: tres del propio nivel más tres del cosmos.

Cada uno de los soles depende de las leyes generales de la galaxia, y de tres fuerzas que sostienen su propio nivel. El Sol está bajo doce leyes: tres propias, más seis de la galaxia, más tres del cosmos

El aumento de estas leyes es cada vez más automático. Por lo tanto, se alejan cada vez más de la conciencia y voluntad plena del Absoluto.

A nivel planetario actúan veinticuatro leyes. La tierra está sujeta a tres leyes de su propio nivel, más doce del sol, más seis leyes de la galaxia y finalmente bajo la tríada inicial de todo el cosmos.

La biosfera, ese fino tejido de seres vivientes que envuelve nuestro planeta, está sujeto a cuarenta y ocho leyes.

Es un mundo duro, según Gurdjieff, similar a la Siberia glacial donde sobrevivir ya significa un esfuerzo, algo que en otros mundos está dado por añadidura.

No dio mayores detalles sobre la naturaleza de esos otros mundos.

Pero afirmaba que es posible liberarse de varias leyes y obtener mayores grados de libertad, como resultado del desarrollo interno de capacidades que están latentes en todo ser humano.

Se refería al trabajo individual.

En el próximo capítulo sobre la práctica personal, hay un conjunto de tres funciones de nuestro organismo que, en la enseñanza, se denominan centro intelectual, centro emocional y centro motriz.

Es la tríada básica del trabajo sobre uno mismo.

2

El Trabajo



Los tres centros

¿Se puede conducir un automóvil sólo con el intelecto?

No, no se puede. El razonamiento es demasiado lento para decidir cada movimiento, sobre todo en calles con mucho tránsito. Hace falta práctica para “automatizar” el manejo del volante, los pedales y los cambios de marcha, sin tener que deducir cada movimiento.

Ese aprendizaje lo realiza el centro motor. Gurdjieff afirmaba que es como una mente aparte, diferente del intelecto, que aprende por imitación y repetición, no con razonamientos.

Es más veloz que el centro intelectual. Aprendió a caminar, correr, y una gran cantidad de hábitos cotidianos como vestirse o peinarse, todas rutinas difíciles para un niño pequeño, que aprende imitando.

Luego hay una tercera mente más veloz que el centro motor. Es el centro emotivo o emocional, el más rápido y poderoso de los tres. Es otra mente más sutil que el intelecto. Puede procesar información como el intelecto, pero con mayor alcance, más potencia.

Puede lograr conclusiones donde la lógica no tiene donde apoyarse.

Por ejemplo, alguien entra a una habitación donde hay una pareja, un matrimonio. Cada cónyuge está ocupado en alguna tarea, pero saludan al recién llegado muy amablemente.

Todo está en orden y el comportamiento de la pareja es normal. Sin embargo, la visita sabe que hubo una discusión.

No hay ninguna razón o indicio que lo respalde, pero el visitante sabe que hubo problemas. Es la percepción del centro emocional trabajando, poniendo en evidencia lo invisible.

Son nuestras emociones las que deciden quién será nuestra pareja o nuestros amigos. Impulsan decisiones importantes como emigrar a otros países, o incluso si vamos a seguir viviendo en este mundo.

Son la fuerza que impulsa nuestras vidas, dice Gurdjieff, y sin embargo es el centro más conflictivo porque casi no recibió educación o entrenamiento, tal como se educa al intelecto o al centro motor.

Suena extraño eso de educar las emociones. En realidad, es un concepto ajeno a la cultura occidental, aunque se hayan escrito libros sobre la “inteligencia emocional”.

Solo existen consejos, admoniciones y presiones sociales para comportarse “como es debido”.

Podríamos discutir por años sobre la educación y la formación de los niños y jóvenes, con todas las teorías actualmente en boga.

Pero permitan que presente la opinión de alguien que fue un practicante verdadero, y que realmente recibió educación y entrenamiento:

— *Un centro emocional educado, funcionando normalmente, es lo que ustedes llaman un clarividente* —decía Gurdjieff.

Sería interesante un indicio sobre esa educación o entrenamiento.

En la enseñanza dan un ejemplo sobre entrenar elefantes. Ya sabemos que no es igual a entrenar personas, pero viene al caso.

Domesticar elefantes salvajes no es fácil, pesan toneladas y pueden ser muy peligrosos. ¿Cómo los entrenan?

Utilizan dos elefantes mansos y los amarran al elefante salvaje, uno a cada lado. Lentamente, el salvaje aprende lo que debe hacer, sujeto a los límites de sus pares.

Un problema similar se presenta con el entrenamiento de las emociones. Hay que utilizar el centro intelectual y el centro motor.

Parece fácil distinguirlos, pero no es tan simple porque en el lenguaje cotidiano confundimos intelecto y emoción a menudo. Por ejemplo, al decir: “*pienso que ese viaje resultará muy agradable*”.

Pero en el intelecto no existe lo agradable-desagradable. Solo hay un razonamiento que es verdadero o falso, correcto o incorrecto. Se puede demostrar que un teorema es falso, pero no que es desagradable.

En cambio, para la emoción solo existe el quiero-no quiero, me gusta, no me gusta. Las razones del intelecto no tienen cabida. Por eso dicen: *el corazón tiene razones que la razón no comprende.*

Y aquí aparece el problema. El centro emocional es el más poderoso de los tres, pero sin educación está casi en estado salvaje.

La técnica es buscar un equilibrio utilizando el centro intelectual y el centro motor que, al estar relativamente disciplinados, pueden trabajar en conjunto para encauzar la fuerza de las emociones.

Pongamos otro ejemplo. Estamos solos recordando un incidente que nos alteró, y retorna la emoción que tuvimos en ese momento: la ira.

Instantáneamente, esa emoción abre la biblioteca del intelecto que provee los argumentos para apoyar y justificar su existencia. También en ese momento el centro motor contrae grupos de músculos como los del estómago, el cuello y el rostro, por citar algunos.

Esto realimenta todo el proceso en un bucle que activa los tres centros. En cuestión de segundos, el proceso puede resultar explosivo.

Ahora supongamos que la ira aparece en alguien ya entrenado.

Entonces sabe que no debe reprimir o bloquear esa emoción por la fuerza. Eso sería un error. En cambio, utiliza los otros dos centros. Detiene la acción del intelecto cerrando la biblioteca de argumentos que apoyan a la ira, o los argumentos en contra. —Silencio.

Actúa sobre el centro motor poniendo su atención en los grupos de músculos contraídos y comienza a relajarlos, en un proceso circular que testea, una y otra vez, los grupos musculares contracturados.

Mientras tanto, la ira continúa vibrando. Pero al estar el intelecto en silencio y los músculos en relax, la emoción se queda sola, en el aire.

Y el practicante la “observa”. Percibe cómo se agita sin combatirla ni respaldarla. Solamente la contempla. No se identifica con ella.

Gradualmente, la ira se disipa como la niebla cuando sale el sol.

Presencia

La línea del *trabajo* de Gurdjieff se apoya en un concepto básico. Nuestro estado de consciencia normal, el de todos los días, no es considerado como un estado de atención lúcida, sino de ensueño.

Estamos constantemente pensando en una cosa u otra, asociando ideas del presente con el pasado o con un futuro hipotético.

Un flujo automático de ideas, imágenes y sentires que desfilan constantemente, día y noche, como una correa sin fin.

En la enseñanza se considera que dicho estado es una anomalía, un desgaste de energías inaceptable, una compulsión que actúa por inercia sin un propósito definido, como las imágenes en los sueños.

Eso es *estar dormido*, decía Gurdjieff, pero no se refería al sueño normal en la cama, sino al hecho de caminar y actuar como alguien despierto, pero siempre con ensueños dando vueltas en la cabeza.

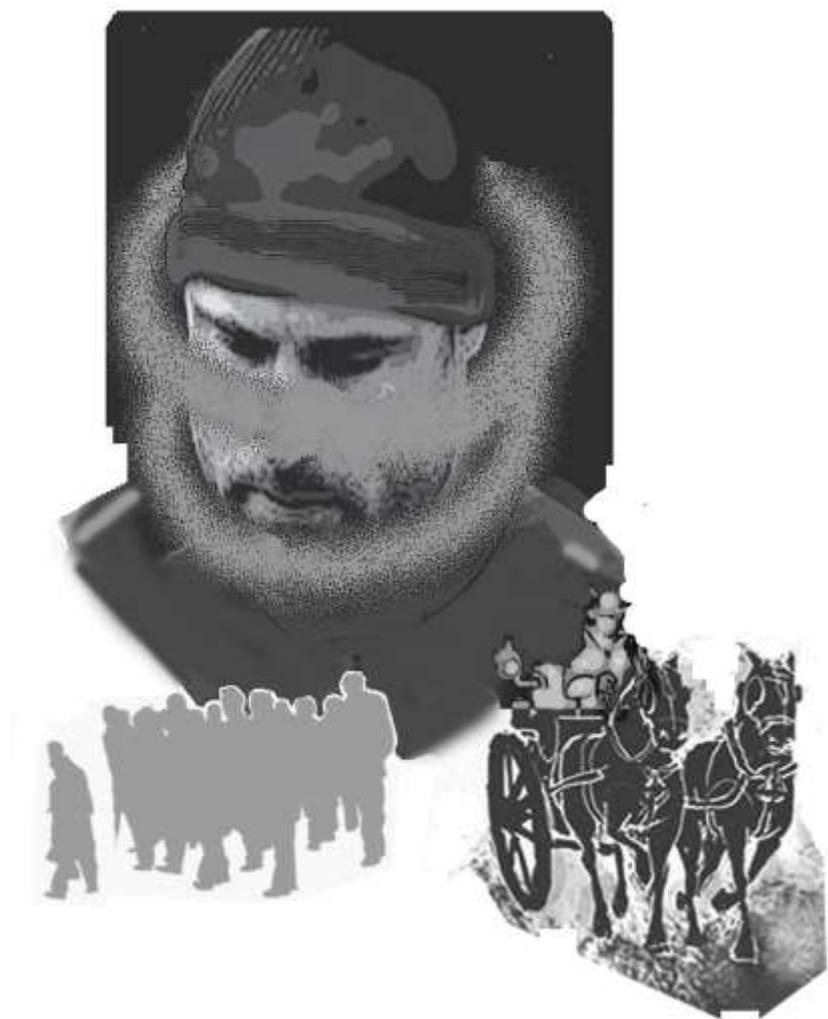
Estar “dormido” se refería a un estado de consciencia *asociativo*.

Decía a sus discípulos:

—*Ustedes piensan y piensan y piensan. Yo miro.*

Y también:

—*Paren esa cosa, párenla.*



No eran solamente palabras. Ouspensky relataba el resultado de sus prácticas sobre “*estar despierto*”, caminando por una calle de Rusia.

De dos a tres días después de la partida de Gurdjieff, estaba caminando por la calle Troitsky y de pronto vi que el hombre que venía hacia mi estaba dormido. No cabía la menor duda sobre esto.

Aunque sus ojos estaban abiertos, iba caminando claramente sumergido en sueños que corrían por su cara como nubes. Tuve la idea de que, si pudiera mirarlo durante bastante tiempo, entonces podría ver sus sueños. Es decir, comprendería lo que él estaba viendo en sus sueños. Pero el hombre continuó su camino.

Luego vino otro también dormido. Un cochero dormido pasó con dos pasajeros durmiendo. De pronto me vi en la situación del príncipe de la "Bella Durmiente". Todos a mi alrededor estaban dormidos. Era una sensación precisa e indudable.

Comprendí que hay muchas cosas que podemos ver con nuestros propios ojos y que usualmente no vemos. [...] Descubrí que podía intensificar estas sensaciones al tratar de recordarme a mí mismo. (Ouspensky, 2001, p.65)

El recuerdo de sí mismo que cita Ouspensky es un concepto fundamental en la enseñanza, siendo la base del trabajo sobre uno mismo.

Digamos que es la atención al propio cuerpo y lo que percibe sin perderse en divagaciones, aunque esto sea una explicación muy simple.

El recuerdo de Sí

Tengo una anécdota personal sobre este tema.

Estaba rodeado por una arboleda al atardecer, entre el vuelo de los pájaros buscando sitio y el coro de los grillos anunciando la noche.

Inicié la práctica de recordarme a mí mismo, tratando de sentir mi presencia en ese lugar sin distraerme con otros pensamientos. Fue solo una práctica más de muchas que intenté hacer durante años.

Pero esta vez resultó diferente. Esta vez funcionó de verdad.

Los arbustos y los grandes árboles eran presencias poderosas que se movían levemente con la brisa. El aire parecía vibrar con un latido casi imperceptible. Y el silencio era sólido, imponente.

Tenía la clara sensación de estar *aferrando* lo que me rodeaba. Todo tenía una nitidez palpable. Creo que fue así durante varios segundos.

Hasta que pensé: *hay demasiado silencio, los grillos ya no cantan.*

Ese pensamiento me sacó de concentración. En seguida todo retornó a la normalidad y el concierto de grillos reanudó de a poco su tarea.

Esperé varios minutos y reinicié la práctica. Esa percepción potente retornó y, esta vez, los grillos bajaron el volumen como susurrando. Tuve una clara certeza emotiva: *estaban detectando mi presencia.*

La energía de algo viviente había aparecido de repente en su mundo, y obviamente no era un grillo. Entonces guardaron un prudente silencio hasta que, después de unos segundos, esa presencia desapareció.

Antes de esta experiencia había estado cerca de media hora en ese lugar. Comprendí que durante ese tiempo *no había tenido presencia.*

Había tenido el clásico desfile de ideas, sentires e imágenes en la cabeza que nos rondan normalmente. Quizás para esos pequeños seres yo era, en esos momentos, una especie de zombi sin entidad.

El resultado de recordarse a uno mismo, de obtener presencia, no es solamente algo interno y subjetivo. Es una fuerza real y detectable.

Leí un artículo de un periodista que asistió como otro invitado a una reunión con Gurdjieff, junto con varias personas más. Lo esperaron durante algunos minutos hasta que ingresó al lugar de reunión.

Su presencia llenó la habitación, relataba el periodista. También decía que incluso *su silencio era diferente*.

Son modos de percibir a alguien que vive en el recuerdo de sí o en la conciencia de sí mismo. Quizás no siempre, pero, al menos, la mayor parte del tiempo. Eso requiere mucha energía de un nivel muy alto.

Mi pequeña experiencia no se acercó ni remotamente a ese nivel. Pero mostró que el estado de presencia es una fuerza verdadera.

Fue un secreto que me contaron unos grillos violinistas.



Asimismo, practiqué por largo tiempo una especie de meditación en movimiento, simplemente caminado por la ciudad sin rumbo fijo, observando los edificios, la gente y el tránsito como lo haría una cámara de video: solo registrando lo que hay, sin asociarlo con ideas propias.

Evitando juicios sobre lo que veo, siento el cuerpo en cada paso y los aromas que trae la brisa, los ruidos de la ciudad y percibo el efecto que me produce permanecer aquí y ahora, aún por pocos segundos.

Es una vacación instantánea que el cuerpo aprovecha de inmediato. Libre de tensiones musculares innecesarias, porque la práctica requiere moverse en relax, el cuerpo es muy sabio para recuperarse.

No carga con preocupaciones presentes, pasadas o futuras, porque el ejercicio es atención a la percepción, lo que percibo con los ojos y lo que escucho, la sensación de todo el cuerpo moviéndose en el paisaje aquí y ahora, en el puro instante actual y absolutamente nada más.

*No hay pasado ni futuro,
ningún yo que defender.
Soy simplemente un ser
caminando en el planeta.*

Puede ser un complemento para quienes les resulta difícil la meditación clásica que implica estar sentado e inmóvil por bastante tiempo.

Conduce a sentir físicamente el resultado de tener presencia.

La idea de “Yo”

Según la enseñanza, no tenemos un único «Yo» individual.

En su lugar, hay centenares y millares de pequeños «yoes» separados, que la mayoría de las veces se ignoran, no mantienen ninguna relación, o, por el contrario, son hostiles unos a otros, exclusivos e incompatibles.

Cada minuto, cada momento, el hombre dice o piensa «yo». Y cada vez su «yo» es diferente. Hace un momento era un pensamiento, ahora es un deseo, luego una sensación, después otro pensamiento, y así sucesivamente, sin fin.

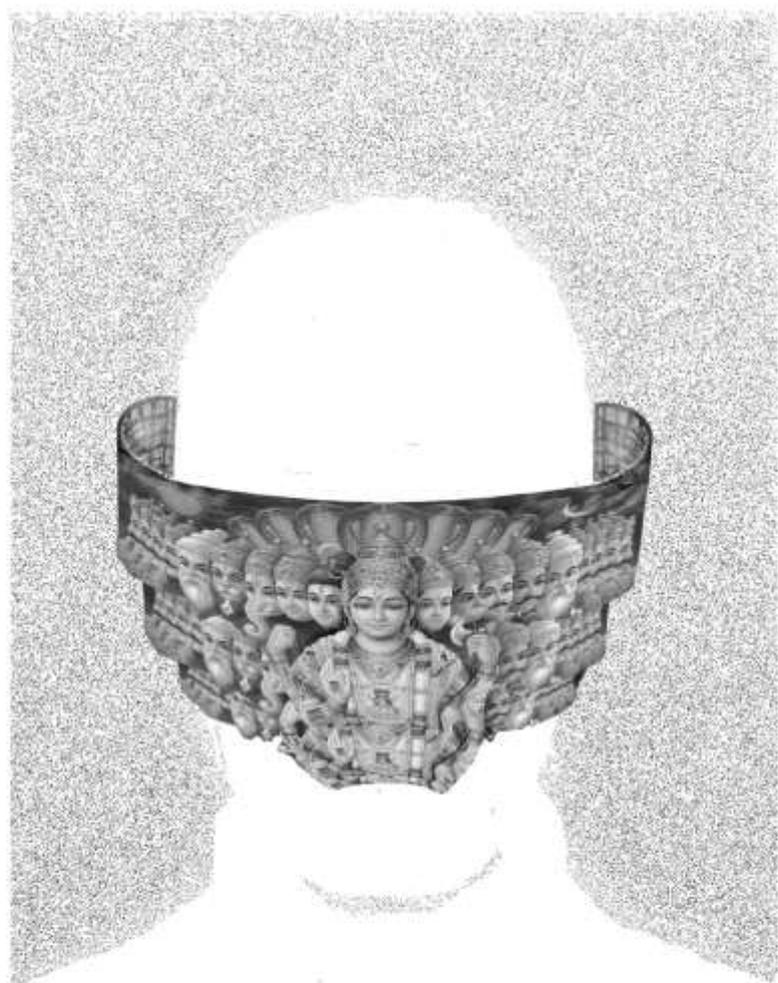
[...] El hombre es una pluralidad. Su nombre es legión.

(Ouspensky, 2001, p.59)

Aquí Gurdjieff parafraseaba una frase de Cristo sobre los múltiples “yoes”. También el Buda afirmaba que cada individuo es un conjunto de componentes o “agregados”, y que la idea de “yo” es una ilusión.

Esta idea es la que en realidad presentaba Alexandra David-Neel cuando hablaba de sentires o energías como “yoes” de muy diversas clases, que no son propiedad de una persona sino de una fuente masiva.

Son ideas muy extrañas para nuestra cultura. Se puede aceptar que tenemos muchos estados de ánimo con diversas expectativas, pero no que seamos diferentes “yoes”. Eso podría suceder en casos psiquiátricos de personalidades múltiples, si es que existe tal cosa.



Pero hay que recordar que son conceptos antiguos nada sencillos de traducir para nuestro tiempo. No están referidos a problemas psiquiátricos, sino a cuestiones concretas de la vida diaria.

Voy caminando rumbo a mi hogar. Saludo a un vecino con cierto estado de ánimo, determinados gestos y postura corporal. Apenas entro a mi casa y cierro la puerta, mi estado de ánimo cambia sutilmente, quizás se vuelve menos sociable y la postura corporal ya es otra, menos erguida. Los pensamientos enfocan temas caseros.

Discuto con mi esposa cuestiones menores, cuando entra en escena un amigo que viene de visita. Inmediatamente cambia el tono de mi voz que se vuelve más jocoso, cambian mi postura y mis gestos.

Ahora fíjense en este detalle: si cambian de un momento a otro los estados de ánimo, la percepción y las ideas, la postura y los gestos, entonces podríamos preguntar: ¿Qué se mantiene para continuar afirmando que, a pesar de todos estos cambios, yo sigo siendo yo?

Lo único que se mantiene sólido es la integridad del cuerpo y los recuerdos que tengo de mí, de la gente y los hechos. Sin esos recuerdos el sentido del yo se derrumba, aún con el mismo cuerpo.

La línea del trabajo de Gurdjieff se iniciaba observando esos cambios sin interferir, solamente “registrando” los cambios continuos sin identificarse con ellos, evitando la creencia de que *así soy yo*.

La *observación de sí* conduce al *recuerdo de sí*, a tener presencia.

—Pero yo siempre me estoy observando —comentaba otro amigo— porque cuido mi postura en una reunión; el tono de voz, la presencia.

Eso es preocuparse por la propia imagen. La *observación de sí* no pretende cuidar la propia imagen, sino ser implacable con ella.

¿Implacable en qué sentido? En evitar lo engañoso de tomar cada sentir momentáneo o cada pensamiento pasajero para identificarme con ellos, asumiendo que son “yo”, y que esa es *mi forma de ser*.

Ese continuo desfile sostiene nuestra propia imagen, que defendemos a capa y espada en todo momento, con un gasto de energía enorme.

Un practicante trata de liberarse de la obsesiva tarea de alimentar la propia imagen y las imaginaciones que provoca, para usar la energía liberada en el trabajo interno. De otro modo solo tendría restos.

La tendencia a soñar se debe en parte a la pereza del centro intelectual, es decir a sus tentativas por evitarse todo esfuerzo ligado a un trabajo orientado hacia una meta definida y que tenga una dirección definida, y por otra parte a la tendencia de los centros emocional y motor a repetirse, a guardar vivas o a reproducir experiencias agradables o desagradables, ya vividas o imaginadas.

Los ensueños penosos, mórbidos, son característicos de un estado de desequilibrio de la máquina humana. Después de todo, se puede comprender el ensueño cuando presenta un carácter agradable, y podríamos encontrarle una justificación lógica.

Pero el ensueño de carácter penoso es un completo absurdo.

Y, sin embargo, muchas personas pasan nueve décimos de su existencia con esos ensueños desagradables sobre las desgracias que pueden recaer sobre ellos y su familia, sobre las enfermedades que pueden contraer o los sufrimientos que tendrán que soportar. — (p.111)

Estos conceptos de Gurdjieff muestran que el trabajo sobre los centros intenta evitar los ensueños automáticos, y sobre todo los penosos porque forman parte de las *emociones negativas*, que la enseñanza considera como una verdadera plaga de la humanidad.

Las emociones negativas

Dicen en el trabajo: “*Las emociones negativas nunca tienen razón*”.

Es un concepto de la enseñanza que lleva tiempo comprender. Se pueden *entender las palabras*, pero el alcance y las consecuencias de esa idea son profundas y contradicen nuestras ideas cotidianas.

Estoy enojado, temeroso o envidioso, depresivo o peleador, pero en cualquier caso siempre tengo en la punta de la lengua un buen puñado de argumentos que prueban, irrefutablemente, que yo tengo razón.

Y aunque den supuestas razones demostrando que estoy equivocado, en realidad no me importan. Yo sigo *sintiéndome* mal. Significa que estoy mal por algo concreto, no porque yo lo haya inventado.

Claro que siempre hay algo concreto. El tema es como reacciono.

Por lo general hay dos aspectos, uno es la emoción y el otro son los argumentos. El intelecto es quien provee los argumentos y en la vida diaria siempre está al servicio de las presiones y exigencias emotivas.

Por lo tanto, esos argumentos son emociones disfrazadas de razones.

Y el problema surge cuando se trata de emociones negativas, porque entonces nunca tienen razón. Gurdjieff tiene una explicación que no encontré en otras disciplinas o filosofías. Dice que no existe una base orgánica para su existencia.

Sostiene que las emociones negativas son artificiales, que su existencia no es legítima porque ningún centro las produce naturalmente. Los niños pequeños no las tienen, pero imitan primero los gestos exteriores de los adultos, y más tarde comienzan a producir las emociones reales.

El primer paso del trabajo es no darles la razón de inmediato, automáticamente. Luego uno aprende a observarlas cuando aparecen y nota como se disipan al no identificarse, al no aceptar que *son algo mío*.

Más tarde se comprueba que el cuerpo agradece cuando se van, porque son tóxicas, son *mala química* y contaminan el organismo con basura.

Finalmente, surge una certeza. No son los hechos exteriores los culpables de que aparezcan, sino la ausencia de un manejo interno propio.

Y ahora retomamos al tema inicial: la presencia de un “Yo” real.

Desde un punto de vista práctico, la semilla o el germen de un yo verdadero comienza con la atención de sí, cuando uno advierte que apareció algún pensamiento o estado de ánimo, tal como surge la brisa en un día calmo o cuando aparece alguna nube en el cielo despejado.

El practicante no dice “eso es yo”. Contempla como suceden los procesos internos viéndolos como rutinas formadas desde hace tiempo.

Ese “darse cuenta” desapegado y objetivo, es el germen del Yo.

No se trata de un menosprecio a las propias ideas o sentires. Se trata de lograr un nivel de silencio interno capaz de ver de esos procesos.

Ese observador es como encender una luz en un recinto en sombras. La luz no juzga, no critica ni apaña. Solo muestra lo que hay.

Quedan en evidencia varios procesos internos que solo pueden actuar en la penumbra, sobre todo los más insidiosos. Si la luz de la atención los enfoca, entonces no pueden mover los hilos detrás del escenario.

El yo que contempla nace solamente en el silencio interno.

Es el objetivo básico que persigue la meditación. Se considera cada pensamiento como si fuera una nube recorriendo el cielo. La vemos pasar sin juzgarla hasta que desaparece y surge otra, y otra más detrás.

Uno puede estar pensando en matar a su madre, decía una nota que leí alguna vez, pero en meditación es solo otra nube que viene y se va.

Es un crudo ejemplo de lo que es meditar.

No se trata de moralidad o ética. Es una técnica.

Con la práctica, la distancia entre una nube y otra, entre cada idea o sentimiento, se va haciendo más grande. Así surge el silencio interno.

Alimento

Me llamó la atención en internet la nota de una revista científica sobre el chocolate. Tenía el siguiente título: “Comer chocolate de manera consciente nos hace más felices”.

Y un subtítulo: “El chocolate eleva el ánimo; sobre todo cuando se consume con atención plena”. (Investigación y Ciencia, 23/11/2016)



Puedo asegurar que durante el siglo veinte, salvo quizás en los finales, cualquier científico habría dicho que, si el chocolate puede mejorar el estado de ánimo, es únicamente por una cuestión de química.

Y quizás agregaría que la atención plena es solo basura mística.

Pero el estudio comprobó que comer conscientemente hace una diferencia real y verificable. En los conceptos de Gurdjieff esa diferencia es fundamental para el trabajo interno.

Se considera alimento todo lo que ingresa al cuerpo y es procesado. El sólido o líquido tradicional, el aire y las sensaciones. Esto último, las sensaciones, son lo que el cuerpo registra como calor, tacto, olor, sonidos e imágenes.

Decía Gurdjieff que sin comida podemos sobrevivir varios días, sin agua muy pocos días, sin aire pocos minutos y sin sensaciones, si fuera posible detenerlas por completo, sería como desenchufar una máquina. Provocaría una muerte súbita, instantánea. — (Ouspensky, 2001, p.181)

Considerar lo que perciben los sentidos como si fueran alimentos suena bastante extraño. Sin embargo, esa técnica de meditar en movimiento al caminar sin juzgar, sin asociaciones, es en realidad una práctica de atención a las percepciones. Los resultados son reales.

Es bastante conocido el término “prana” del yoga como alguna clase de energía sutil que se extrae del aire, y una rama del yoga llamada pranayama es la que se ocupa de esos procedimientos.

Gurdjieff decía que se pueden obtener del aire ciertas “substancias” de mayor calidad que lo habitual cuando se respira conscientemente, en vez de la respiración automática del centro motor.

Esas substancias de mayor calidad permiten emociones más sutiles

porque obtienen un “combustible” más refinado para el centro emocional. Sin ellas, solo hay emociones groseras, de bajo nivel.

Quizás para algunos resulta extraño hablar de desarrollo “espiritual” dando importancia a un tema tan banal o cotidiano como el alimento.

Es la influencia de los dogmas religiosos donde la palabra *espíritu* es un concepto vago, poco definido, que supone algo inmaterial o una especie de división *cuerpo-espíritu* que cada cual imagina a su modo.

En la enseñanza *todo es material*, por sutil o imperceptible que sea, con todas las características que tiene la materia, por ejemplo, que solo puede haber una cantidad concreta, limitada, de materia o energía.

En el mundo real no existe nada en cantidad infinita.

Incluso lo que llaman *conocimiento* solo existe en cantidad definida.

No se refiere al conocimiento teórico de los libros sino a substancias concretas que se acumulan en el cuerpo y permiten un desarrollo interno a un nivel esencial, un aumento en el nivel de consciencia.

En cada época hay una cantidad definida de ese *conocimiento* material que está presente no solo en los alimentos sino también en el aire y en especial lo que ingresa al cuerpo a través de los sentidos.

Y llama la atención que hasta las experiencias vividas por una persona se consideran una clase de alimento. Es una idea extraña para nuestra cultura considerar las experiencias como alimento. Pero piensen lo siguiente: ¿puede un adulto transmitir su experiencia a un adolescente?

Solo se pueden transmitir palabras y demostrar actitudes o comportamientos frente a los hechos. Pero la experiencia de vida es intransferible. Está no solo en la memoria sino además en la química del cuerpo.

El crecimiento del cuerpo requiere lo que habitualmente llamamos alimento, pero el desarrollo del nivel de consciencia requiere también de una clase de materia sutil pero concreta, que ingresa al cuerpo desde el aire y de lo que perciben los sentidos: un alimento muy especial.

Solo se puede asimilar esa clase de alimento en estado de presencia.

Las cadenas de conocimiento no aceptan la idea de que exista un desarrollo *espiritual* en el sentido de algo totalmente inmaterial. Pero aceptan que ese desarrollo requiere sustancias cada vez más sutiles.

* * *

Gurdjieff llamaba impresiones lo que ahora llamamos sensaciones.

“La naturaleza nos transmite a través de nuestras impresiones la energía por la cual vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser. Si este influjo energético es interrumpido, nuestra maquina cesaría inmediatamente de trabajar. Por lo tanto, de las tres clases de alimento, la más importante son las impresiones”.

—(Ouspensky, p. 181)

El concepto de alimento se refiere a obtener sustancias de mayor calidad para realizar un manejo de energía, una alquimia que abre las posibilidades físicas de evolución consciente en el nivel de ser.

El crecimiento interno real se apoya en el cuerpo. Es un hecho orgánico. No es simplemente cambiar hábitos o modos de pensar.

Es más parecido a cambiar el curso de un río.



Esencia y personalidad

El verdadero «Yo» de un hombre, su individualidad, puede crecer solo desde su esencia. Se puede decir que la individualidad de un hombre es su esencia desarrollada, adulta, madura.

(Ouspensky, 2001, p.163)

Esta frase de Gurdjieff habla sobre la “esencia” como un aspecto psicológico de la persona, que no tiene relación con la psicología clásica que se practica en occidente.

Afirma que la esencia es el material psicológico con que nacemos. Lo único que puede considerarse como propio, personal o individual.

Luego aparece la personalidad, que es el material que adquirimos por el contacto con otras personas y sus creencias, en cierta época y lugar. Pautas psicológicas de otra gente que uno va adoptando como propias.

Todo lo que existe es material, según la enseñanza, aun lo más sutil o invisible. Esencia y personalidad serían material concreto y detectable. Gurdjieff no consideraba que eran ideas teóricas sino hechos reales.

Decía que en el oriente se conocen varios procedimientos para ver cada aspecto por separado, adormeciendo uno u otro temporalmente con el uso de hipnosis, drogas o cierta clase de ejercicios.

Y Ouspensky presencié uno de esos procedimientos. —(pp. 252-253)

Gurdjieff anunció su realización y eligió a dos discípulos. Uno era un hombre mayor de alto nivel social, y el otro un joven revoltoso.

Estaban en un salón. El hombre mayor hablaba acaloradamente sobre política, cristianismo, la guerra, y muchísimo sobre sí mismo. El más joven mezclaba temas, se hacía el bufón y embrollaba todo.

—Ahora observen —nos susurró G.

El mayor de los dos, que estaba hablando acaloradamente sobre algún tema, se detuvo repentinamente en medio de una frase y pareció hundirse en su silla, mirando fijamente hacia adelante. A una señal de G., continuamos hablando sin mirarlo. El más joven comenzó por escuchar lo que decíamos, y luego nos habló.

Nos miramos unos a otros. Su voz era diferente. Nos relató algunas observaciones que había hecho sobre sí mismo, hablando de manera clara, sencilla e inteligible, sin palabras superfluas, sin extravagancias y sin bufonerías.

El otro hombre callaba y Gurdjieff dijo a alguien que le preguntara en qué estaba pensando. —¿Yo? —y levantó la cabeza, como si acabara de despertar. —*En nada* —dijo sorprendido y sonriendo levemente.

No lograron sacarle una palabra sobre los temas que había estado discutiendo recientemente. Decía no recordar nada, que tampoco conocía esos asuntos, no le interesaban ni entendía sobre qué trataban.

—Si alguien le preguntara qué quiere, ¿qué respondería?

—No quiero nada —contestó, otra vez con una mirada vaga.

—Pero piénselo, ¿qué le gustaría?

El hombre tardó en responder, mirando a un lado u otro como si fuera un asunto a considerar, y finalmente dijo en un tono muy serio:

—Me gustaría un poco de mermelada de frambuesa.

—*¿Por qué lo están interrogando?* —preguntó el más joven desde el fondo del salón, con una voz difícilmente reconocible. —*¿No ven ustedes que está dormido?*

—*¿Y usted mismo?* —le preguntó alguien.

—*Yo, por el contrario, estoy despierto.*

—*¿Por qué él se durmió, mientras usted se ha despertado?*

—*No lo sé.*

Y así terminó el experimento, decía Ouspensky, negándose a relatar los procedimientos que utilizó Gurdjieff para realizarlo. Ninguno de los dos hombres recordaba después lo que había sucedido.

Resultaba evidente que el joven tenía una esencia desarrollada, mientras la del hombre mayor estaba en un nivel infantil. Solo su personalidad pretendía mostrarse como un adulto serio con ideas importantes.

El crecimiento de la esencia se detiene, en la mayoría de los casos, a la edad de un adolescente. Pero también son frecuentes los casos en que la esencia se queda en la niñez: en cuatro, cinco o seis años.

La personalidad toma el control y relega la esencia a un segundo plano. Gurdjieff afirmaba que las tendencias de la personalidad pueden ser muy distintas a las de la esencia, y hasta totalmente antagónicas.

Dos personas pueden atraerse y formar pareja por tener personalidades que se atraen, pero las esencias pueden resultar incompatibles. Tarde o temprano, ese antagonismo esencial termina por imponerse.

Vivir en contacto con la naturaleza favorece el crecimiento de la esencia porque las fuerzas naturales la nutren, le sirven de alimento.

En estos casos es la personalidad quien suele quedar relegada a un segundo plano, recibiendo poco material intelectual, escasa formación cultural. No comprende la razón de encarar un trabajo interno.

La ausencia de cierto grado de cultura dificulta el trabajo en la línea de Gurdjieff, que requiere actuar en los tres centros con el intelecto incluido. Por otra parte, una esencia infantil también es un escollo.

Dicen que una etapa importante del trabajo interno se inicia cuando uno comienza a distinguir lo que es propio de lo que tomó prestado de otros, ya sean hábitos, creencias o conductas que uno cree personales.

Como ejemplo: Cuando se aprende a no darles de comer a las emociones negativas, uno comprueba que son rutinas aprendidas desde la infancia que no necesita sostener ni alimentar. Son falsas y artificiales.

La mayoría de nuestros miedos son imaginarios, porque se mantienen alimentados con las películas de terror creadas por la imaginación.

¿Fabricamos esos guiones todos los días? —Me parece que sí.

Es lo contrario de la virtud cardinal que llaman fe, que en realidad no significa creer en algo. El antiguo significado de *fe* no consistía en tener creencias, dice Orage: *la fe es confianza*.

Es como camina el león en la selva. —(Orage Essentials, p.4)

La esencia crece en ese estado de confianza, percibiendo el mundo sin miedos imaginarios, libre para percibir el presente puro, aquí y ahora.

¿Recuerdan la explicación de Gurdjieff sobre las múltiples vidas? Sostenía que esa información no puede producir un cambio real.

Por el contrario, dijo finalmente, si se consigue un cambio esencial en uno mismo, *si crece la esencia, ese resultado no se puede perder.*

Ese resultado, entonces, irá con nosotros para el otro lado.



Óleo y acrílico sobre tela 100 x 150 cm - Lucas Aguirre



3

Notas al Cierre

Relaciones

Hace algunos años vi un documental sobre los primeros astronautas que viajaron solos. Ya en el final, una voz en off comentaba sobre el último de ellos en realizar un vuelo.

Walter Schirra, el último astronauta solitario, estuvo orbitando la tierra durante casi una hora. Al igual que todos sus colegas astronautas, había sido un piloto de prueba.

Y según la consigna de los pilotos de pruebas, “más alto, más rápido”, Walter Schirra fue durante esos minutos allá arriba, el mejor piloto del mundo.

Todos podemos entender y apreciar esa elegante correlación de ideas.

Sin embargo, puede que a un niño le cueste entenderla y quizás nos pregunte: —¿ese astronauta es el mejor piloto del mundo?

Le diríamos que no, tratando de explicarle lo relativo de considerarlo el mejor piloto, solamente durante ese vuelo.

—¿Y quién es ahora el mejor del mundo? —podría preguntar.

Bueno, les deseo mucha suerte en explicar que no existe el mejor del mundo. Pensar en términos absolutos es en realidad un poco ingenuo. El pensamiento relativo es difícil.

Lo relativo del transcurrir del tiempo, por ejemplo.

Durante generaciones, filósofos como Kant o científicos como Newton consideraban que el tiempo era un absoluto, porque su transcurrir era inalterable. Ningún suceso podría modificarlo.

Solo la física relativista pudo destronar esa idea intuitiva. El tiempo corre más lento en la superficie de la Tierra que en la estación espacial porque la gravedad es diferente. Son diferencias pequeñas pero reales.

Por eso me llamó la atención el concepto de tiempo relativo de las cadenas de conocimiento, muy anterior a la física de Einstein.

Por supuesto, tienen un enfoque diferente. Los antiguos hablaban de una escala de seres vivientes y su percepción relativa del tiempo.

La física relativista no habla de seres vivientes sino de relojes. Un segundo en el reloj de un satélite GPS no es igual al de otro reloj en tierra.

Para geolocalizar se usan ecuaciones relativistas que compensan esas diferencias de tiempo. De otro modo habría errores de varios metros y hasta de kilómetros en algunos casos.

Pero no deja de ser llamativo que hubo ideas milenarias hablando de la relatividad del tiempo. Los antiguos también tenían lo suyo, parece.

Otro concepto relativo es el origen del ser humano.

Las grandes religiones monoteístas conciben a un creador que es llamado Dios, Alá o Jehová. Es el creador de todo lo que existe en el universo, y también de los seres humanos.

Las cadenas de conocimiento dicen algo parecido, pero hay una diferencia jerárquica. Hablan de un creador del universo a gran escala que no ha sido directamente el creador de los seres humanos.

La enseñanza afirma que el Sol es el origen del ser humano.

La inteligencia del Sol es *divina* —afirmaba Gurdjieff en un tono religioso— porque tiene una relación directa con el Absoluto.

Es considerado el origen y único responsable del ser humano.

Se podría decir que es Dios en un sentido práctico, aunque no haya sido el creador del universo ni sea el todopoderoso Absoluto.

Y se puede agregar que tiene un propósito para la existencia humana. Según Orage, ese propósito está resumido en el siguiente aforismo:

*“Nosotros, deviniendo seres conscientes,
somos la mente de Dios”. —(Orage Essentials, p. 2)*

Ser la mente de Dios sería como un retorno a la fuente.

La fusión con una inteligencia de otra escala.

Y para el Sol, sería algo parecido a un desarrollo biológico propio.



Los antiguos dioses

Es notable la diferencia entre el dogma de las religiones monoteístas y estas ideas. El Sol es una deidad muy atípica.

No es una divinidad en el olimpo: es una entidad viviente que no es sobrenatural en un sentido místico, sino un ser con un nivel muy alto.

No se discute que tiene un grado de conciencia inmenso con relación al nuestro. —En realidad, incomparable. Fuera de escala.

Pero en su propio nivel, el Sol es uno más entre los miles de millones que conforman esa colosal estructura que es la galaxia.

Es el dios relativo de las cadenas de conocimiento.

Y como es un ser viviente, por más poderoso que sea en relación a nosotros, aun así, le sucede lo que a todos los seres vivientes:

No siempre consigue lo que se propone. Tiene que luchar.

Eso pone bajo otra óptica la imperfección del mundo humano, para decirlo suavemente. —*No es el fruto de un todopoderoso.*

La idea del universo que tienen las cadenas de conocimiento es la de un gigantesco entramado de existencias a todo nivel.

Para nosotros, solamente la galaxia es un ente desmesurado. Sin embargo, la ciencia ha comprobado que hay más galaxias que granos de arena en todas las playas y desiertos del mundo.

La complejidad de existencias que pueden albergar, es realmente algo innumerable. Apenas estamos asomándonos a ese infinito.

Y quizás algún día comprobemos que los dioses antiguos siempre estuvieron allí, desde el principio de los tiempos.



Agradecimientos

Presenté la primera nota sobre 'el Absoluto' al escritor Nico Loss y a mi hija Gabriela, licenciada en teatro. Ambos la aprobaron sin reservas, y puedo asegurar que no son fáciles de convencer. Comprendí que había obtenido el estilo adecuado.

Hubo varias reuniones sobre el tema en la casa del psicólogo Walter Krainbuhl, un joven lúcido y amigable. Otras en casa de mi hijo Lucas, que es un artista plástico, y de su pareja Josefina Ábalos quien aportó sus estudios sobre antropología.

El ingeniero de sistemas Lucas Trípodí fue un participante activo durante varias reuniones.

Un conecedor de las letras clásicas, Juan Morello, dio pautas sobre el estilo

El editor Horacio Bevaqua brindó su experiencia en el armado de imprenta.

Un experto webmaster, Agustín Mouratoglou, aportó el diseño de mi blog.

Realicé las ilustraciones con el asesoramiento de Lucas, quien fue el principal apoyo sobre los conceptos y el arte, en todo momento.

Vivo con mi esposa Marita desde hace más de cuarenta años. Pertenece a esa estirpe de mujeres que cuidan a los niños y a los ancianos, a los animalitos y las plantas. Tuvo una educación católica tradicional que no le ocasiona conflictos entre mis ideas exóticas y el dogma.

—Yo solo le rezo a la Virgen por los míos —me dice, y me parece muy consistente porque las mujeres como ella, creo, deben ser lo más parecido a la virgen que es posible en este mundo.

Como pueden ver, nunca estuve solo.

Carlos Aguirre
Cosmogony.org

REFERENCIAS

David-Neel, Alexandra (1970) Las enseñanzas secretas de los Budistas Tibetanos - La vista penetrante.

Buenos Aires, Argentina, editorial Kier.

Investigación y Ciencia - 23 de noviembre de 2016

<https://www.investigacionyciencia.es/noticias/comer-chocolate-de-manera-consciente-nos-hace-mas-felices-14752>

Orage A. R., Essentials: Aphorisms & Observations

Copyright ©2004 J. Walter Driscoll

www.GurdjieffBibliography.com

(Traducción libre)

Ouspensky P.D. (2001), In Search of the Miraculous - Fragments of an unknown teaching.

Harcourt Inc., London, San Diego, New York.

Originally published 1949 - ISBN 0-15-600746-0

(Traducción libre)

Sagan, Carl (2004), Cosmos.

Barcelona, España, editorial Planeta.